

Valladolid, Domingo de Ramon. 1962

Sr. Don Miguel Delibes,

SEDANO

Querido Miguel: Inmediatamente después de haber terminado la lectura de "Las ratas", siento el impulso de escribirte. Pero me apresuro a darte que estas líneas nada tienen que ver con mi gratitud hacia ti, aunque, ¡por tantos motivos!, la siento a expensas. La lectura de tu libro, precioso, me dejó una sensación parecida al efecto de un concierto de Andrés Segovia: una impresión de cosa perfecta, la visión de un artista que se mueve con una seguridad y domi-



no totalmente inseparable. Pero, a diferencia con el
guitarista, esta sensación me inyecta una alegría
formidable, porque es amigo mío "el que ha he-
cho esto". Yo no soy crítico, pero creo tener sensi-
bilidad y gusto. ¿Má, siempre luché por salvar
este terror de los embates de una carrera preponde-
rantemente racional, como es nuestra Escolástica.
Pues bien, si la verdadera novela es la creación y la
expresión de una vida, de unos personajes, "Las ra-
tas" es una novela de verdad. Se vive, se "conoce" a
esos hombres y yo les amo a todos, incluso al fugi-
tivo. Ahora, reflexionando, el impacto recibido al des-
marcar tu página, lo desarrollo en tres dimensiones:

los hombres, la tierra y el lenguaje. Hombres de carne y hueso, que "no se leen" sino que se les siente alentar muy cerca, transpiran el sudor por su pan y revelan su alma a través de palabras elementales: "Éso", "Las ratas son buenas", "Las ratas son malas", "La cueva es mía", "Ah" (cuando el Rabino Chico resume toda la tragedia de la guerra incomprendible, mediante ese monosílabo). Esos hombres forjados en unidad con la tierra, son casi la misma cosa, algo tan fatal, tan estético como la coque que siempre "depende" y tiene que esperar. Se me ha acentuado mi amor a Castilla, algo tan difícil de comprender por un varco. El paisaje poblado de seres, de animales, de ríos y alimantados que en "Las ratas"



son verdaderos protagonistas del drama común. ¡Cuán -
tas cosas sabes tú, Centenario deliber setien! Esto, a
mí, me impresionó enormemente. Y todas las cosas
tienen un nombre exacto en este libro, palabras justas,
~~estas~~ viejas palabras que no se aprenden en los li-
bros sino en los pueblos "donde nacen las cosas y las
costumbres". Debajo de la corteza, de apariencia asu-
ta, una auténtica poesía del hombre unido a
la naturaleza... No sé, perdona el latazo. Pero
solo con el Nini te llenaría páginas y páginas. Donde
Resu quería enseñarle cosas, a él que de las sabía
desde siempre, de una manera directa y viva. Ese niño
es admirable, como un pequeño Dios encarnado para

representar la fe, la esperanza y la caridad perfecta,
 mejor que el Cursu. Ese niño es "más espada-
 na" ^{para esos hombres} que la Iglesia misma: Cristo Niño entre los doc-
 tores de la plebe.

Te he dicho que estas líneas nada tienen que ver
 con la gratitud. Pero, el agradecimiento por las
 páginas de esta novela, por estas horas vividas
 entre esa gente, sobre esa tierra, sí que viene a
 cuento aquí.

Aparte de todo esto, me invade una insitanda ale-
 gria al evocar, a ti y a Angelina, en la paz de
~~ante~~ de Senano. Pienso con júbilo que ahí, al-

¡bes!



vidas de todo el artificia de la ciudad, sea como
los países o los peces. Y la idea me hace feliz
hasta los tuétanos. ¡deberíamos no poder no re-
sistirse nunca a la ciudad!

Estoy extraordinariamente contento después
de haber leído su novela, que es, de veras, una de las
mejores que he leído:

Hasta la vuelta, sin países, un cariñoso abrazo.

B de Arizabala y